

LOS ESCRITORES Y LA CRÍTICA

La historia de España a lo largo del siglo XX, como es sabido, no ha corrido pareja con los grandes acontecimientos que han definido la configuración actual de occidente. Ni siquiera en el ámbito europeo. La guerra civil rompía aquí el siglo en dos mientras el resto del mundo trataba de reaccionar ante la sorpresa de la primera «Gran guerra» al tiempo que veía acercarse la segunda. Así, alejada y en gran parte ajena a los acontecimientos del resto del continente, España hacía frente a una situación propia y compleja que tuvo entre sus más relevantes consecuencias acusar todavía más el aislamiento con el resto de Europa. Esta circunstancia, quizá más que ninguna otra, se encuentra en la raíz de que durante todo este siglo la crítica española se sirviera, a la hora de estudiar a los literatos, de análisis y nomenclaturas exclusivamente nacionales. Lo cual, aunque sea sólo de manera conceptual, ha alejado a los escritores que caían bajo esos marbetes de las corrientes estéticas que han recorrido Europa.

Así, por ejemplo, hasta los años 80 los críticos españoles, temerosos de utilizar un término ajeno, dudaban mucho antes de afirmar que varios escritores de la «generación del 27» eran «vanguardistas». Todavía hoy siguen apreciándose reticencias similares. Por ejemplo, sigue sin estar clara cuál es la referencia cuando

se habla de escritores «modernistas» españoles; si de lo que se habla es del estrecho margen comprendido entre dos obras de Rubén Darío (paradójicamente nicaragüense) o de una corriente que se alarga durante el siglo, como entiende la crítica anglosajona.

Es bien sabido que las clasificaciones generacionales son cómodas y precisas, dado que indican simplemente un límite temporal, mientras que las conceptuales, de corte abstracto, requieren un esfuerzo teórico mayor y resultan a su vez mucho más peligrosas (especialmente cuando el objeto en cuestión es cercano y falta la necesaria perspectiva). En algunas ocasiones, como sucede con la «generación del 98», el término señala e implica no sólo una circunscripción temporal sino también espacial, ya que la fecha elegida para nombrar a la generación corresponde a una determinada situación política y social española: la pérdida de las colonias.

En este trabajo se hablará de Azorín, Unamuno, Baroja y Valle-Inclán. La mayor parte de la crítica considera que los tres primeros pertenecen precisamente a esta «generación del 98», mientras que el último suele adscribirse a la corriente modernista. Esta distinción es una muestra de la confusión a la que puede dar lugar la situación comentada, ya que de hecho se están utilizando dos clasificaciones conceptualmente distintas para literatos contemporáneos entre sí. Hay quienes, en la lógica del término, admitirían a Valle en la nómina del 98. Pero todavía hoy no se puede decir que Unamuno o Baroja sean modernistas. Y sin embargo creo que lo son, y que no aceptar este término en su significado más amplio significa empequeñecer y circunscribir a unos límites geográficos e históricos a unos escritores que los sobrepasan holgadamente.

El término modernista, lo indica su nombre, hace referencia a modernidad y se refiere a los escritores que, en el tránsito del siglo XIX al XX y durante las primeras décadas de éste, ponen las bases de lo que será la literatura contemporánea. No se trata sólo de un movimiento formal que enriquece el léxico castellano y añade ritmo y refinamiento a sus poemas. Este aspecto aparece, ciertamen-

te, en la literatura española e hispanoamericana. Pero, a diferencia de lo que suele considerarse en los estudios hispánicos, no es un fenómeno local; se puede observar también una preocupación similar en la literatura escrita en otras lenguas, muy especialmente en la inglesa. Por otra parte, esta riqueza no se asienta, como a veces se entiende, en un esteticismo vacío sino que se manifiesta —y esto es fundamental— como un juicio sobre la belleza en la literatura. La belleza en su dimensión más profunda se entiende como aquella propiedad que hace a la obra de arte amable y por tanto singular y capaz de orientar en el orden de la acción. En el campo de la literatura, este juicio se formula en los tres aspectos fundamentales de temporalidad, identidad y ficción. En el primero encontramos, por una parte, que la materialidad de lo temporal alude a lo singular y por otra, que la tensión entre tiempo y eternidad viene provocada por la noción de fin (a su vez implicada en la de orden). En segundo lugar, la noción de identidad remite a la de esencialidad, al despojamiento de todo lo accesorio, en el sentido en el que esta palabra se entiende en la mejor poesía pura. Por último, la ficción es la manera única e irrepetible de hablar de la comprensión de la acción, que, como en el caso de la temporalidad, acaba conduciendo a la noción de fin.

A lo largo del presente estudio se pone de manifiesto cómo, a través de este juicio, el modernismo introduce de manera definitiva en el contexto de la ficción la reflexión metaliteraria y poética. Esta característica es común a gran parte de la literatura occidental del momento. Los escritores modernistas europeos y americanos —Valle-Inclán, Unamuno, Darío, Martí, Joyce, Yeats, Eliot, Pessoa, Rilke, Kafka, Valéry y tantos otros— forman una extraordinaria nómina que sólo vista en su conjunto adquiere su verdadera dimensión.

Abordar este período de la literatura española desde una perspectiva más general permite abrir un nuevo camino para profundizar en su comprensión. Con el transcurrir de ya más de un siglo el papel de la llamada «generación del 98» en la historia

de la literatura va dibujándose con perfiles cada vez más precisos. El propio paso del tiempo enseña a distinguir qué había de circunstancial, qué de herencia recibida y qué de novedoso en sus obras y testimonios. Los tres aspectos son interesantes y relevantes desde diferentes puntos de vista.

Las características circunstanciales son las más relacionadas con los hechos históricos concretos que rodearon la vida de estos autores. El en su día inevitable tema de España no fue más importante en Azorín que, pongamos por caso, en Cadalso o Quevedo. Pero las circunstancias históricas vividas en la península a lo largo del siglo XX hicieron que durante mucho tiempo fuera foco de atención necesario en la mayoría de los estudios dedicados a la generación como tal.

Sin embargo, hace ya tiempo que la aportación que los hombres del 98 pudieron hacer a la construcción del espíritu nacional ha sido asumida, y la coyuntura histórica en la que España puede considerarse un problema es muy otra. Ante esta realidad se pone de manifiesto otro testamento más profundo, que no sólo tiene valor para un tiempo y una época sino que está destinado a permanecer. Es su legado poético, entendiendo esta palabra en su significado más abarcador. Es su obra literaria en todos sus aspectos: de ficción, reflexivos o formales.

Descubrir los caminos que unen a estos escritores con el pasado no es complicado. Como es sabido, el conocimiento y admiración de estos hombres por la tradición literaria —también por sus más inmediatos predecesores— es profundo y extenso en todos los casos. Lo cual no sólo no impide sino que favorece su apertura a la modernidad. Es quizá esta otra faceta, la innovadora, la más relevante hoy día, a pesar de que haya podido pasar desapercibida por los muchos movimientos renovadores que han habitado el siglo XX. La perspectiva de este trabajo tiende hacia este último aspecto; el objetivo es poner de manifiesto cómo en la obra de Azorín, Baroja, Unamuno y Valle-Inclán quedan asentadas las bases de la modernidad literaria en España.